

Reivindicación de la duda ¿Tiene origen el universo?

Del universo universal al universo mental

¿Cómo es que empiezo el primer capítulo de un libro de pscohistoria haciendo referencia al origen del universo?

Porque no lo conocemos. Es un misterio. El origen del universo es una de las grandes dudas que los humanos tenemos. En verdad la duda común no es *esa* exactamente; la duda es cuál es el origen del universo, dando por sentado que tenerlo lo tiene. Pero en este libro no se da nada por sentado, tampoco se da ninguna respuesta absoluta. Más bien al contrario, aquí se trata de remover un poco nuestras dudas y quién sabe si generar algunas nuevas.

Los humanos somos seres dubtantes. Hay muchas cosas que no sabemos. Muchísimas. También hay algunas que damos por sentado, como digo; y otras nos las creemos, que es lo mismo que darlas por sentado. Y con eso conseguimos llevar unas vidas -hablando en general- más o menos tranquilas, equilibradas y estables. Al menos en lo que se refiere a dudas de la magnitud de la que formulo aquí.

Entonces empiezo este libro con ese gran misterio porque nuestras dudas, nuestras incertidumbres, nuestras preguntas y, a veces, nuestros miedos y terrores (también nuestras esperanzas y alegrías), son los que nos hacen humanos. El día que lo sepamos todo ya no lo seremos. Seremos otra cosa; pero no humanos.

Seremos dioses o máquinas, quién sabe...

Y la pscohistoria -y la psicología también- se ocupa, entre otros asuntos, de indagar y averiguar cómo somos los seres humanos, cómo son nuestras conductas y nuestras palabras, cómo nuestros anhelos y emociones, nuestros amores y miedos, nuestros

caprichos, nuestras razones e intenciones,... Seguramente todo eso es mucho más dudoso y misterioso que el propio origen del universo.

Y como dubtantes los humanos somos también seres preguntantes. En cuanto tenemos uso de palabra, o sea, de razón¹, empezamos a preguntar. Y seguramente eso es lo que más hacemos durante todo el resto de nuestras vidas.

Vamos por la calle y le preguntamos a alguien por la hora. A nuestra pareja le preguntamos si nos ama o qué le apetece comer hoy o si quiere que nos relacionemos sexualmente. Hay preguntas, como estas, que sirven para algo; son útiles. Y hay otras más profundas. Otra cosa es si estas profundidades sirven también para algo. Pero no dejamos de hacérselas.

Como especie desde siempre nos hemos preguntado muchas de esas cosas más profundas, digámoslo así, más *trascendentales*. De dónde venimos, a dónde vamos. Cuál es el sentido de nuestras vidas, que es lo mismo en definitiva y si lo supiéramos, que decir de dónde venimos y a dónde vamos, claro.

Una de esas grandes preguntas, pues, es esa: ¿cuál es el origen del universo? Creo que nadie lo sabe. Y me atrevo a decir que cuando lo averigüemos, averiguaremos también todo lo demás, todo lo profundo y trascendente. Y dejaremos de ser humanos para convertirnos, como ya he comentado, en dioses o máquinas. Quizás eso es, en definitiva, a lo que aspiramos, con nuestras pesquisas y derivas sin fin...

En el año dos mil trece se ha otorgado el Premio Nobel a los físicos Peter Higgs y François Englert por su descubrimiento del bosón al que se ha puesto el nombre del primero de los premiados -también conocido como *la Partícula de Dios*-, descubrimiento que dicen que nos podría llevar a saber a ciencia cierta eso, cuál es el origen del universo. ¿Lo hará?

¹ Aunque lo argumento con calma bastante más adelante, propongo ya que palabra y razón son lo mismo.

Es interesante la propuesta teórica de que el universo tiene su origen en el famoso *Big Bang*. O sea que en algún momento del tiempo -hace unos catorce mil millones de años, según los científicos- todo es un punto de tremenda energía que se satura y explota. Según la ciencia de ahí viene todo. Y está demostrado matemáticamente. Es un modelo matemático tremendamente complicado pero que parece ser que explica muy bien una de nuestras grandes preguntas. Pero ¿qué había antes del Big Bang? ¿Podrán otras preguntas ser respondidas también en términos matemáticos? Por ejemplo esta de carácter aparentemente más psicológica y práctica: ¿cuál es el origen del amor? ¿Tiene origen – en un sentido causal- el amor, una de las emociones más universalmente reconocida?

Encuentro imposible de entender ese modelo matemático del universo (menos todavía uno posible del amor). Que yo no lo entienda no quiere decir que no sea verdadero. Simplemente no me aclara la duda inicial y o me lo creo o no. Si me lo creo, no me sirve para nada, aunque, al menos ya no tendré que volver a preguntar sobre el origen del universo. Y si no me lo creo tampoco me sirve para nada, claro. O, en todo caso, para seguir preguntándome hasta el infinito. De cualquier manera, si el modelo es cierto, entonces probablemente hemos descubierto la esencia de Dios, de ahí el otro nombre de la partícula.

Seguramente hace algún tiempo (los paleontólogos dicen que hace unos cuarenta mil años, con la aparición del lenguaje humano) algún (o algunos) homínido levanta la vista hacia el cielo y ve algo más que el sol, la luna o las estrellas. Ve algo a lo que da sentido. No sabemos cuál es. Los historiadores dicen que es un significado mítico que luego se convierte en algo de una tremenda fuerza, en algo místico y digno de fe. Es decir, se pasa de ver el objeto -el sol, por ejemplo- a creer en el objeto. Y a nombrarlo. *Dios Sol*, por ejemplo en este caso.

Este cambio de manera de ver y hacer las cosas (nombrar, poner nombre a las cosas es creer en ellas, es identificarlas, y, por tanto, hacer algo con ellas, como argumento bastante más adelante) implica un tremendo cambio de *mentalidad* (tendremos tiempo para debatir qué significa eso). Implica el paso de lo que es propio de los homínidos a lo que empieza a ser propio de los humanos: la capacidad de preguntarse, maravillarse y dar significado a las cosas.

Maravillarse es algo maravilloso. No parece que ningún animal sea capaz de maravillarse, de sorprenderse, de angustiarse ante la noche oscura o de disfrutar del olor de la primavera. Sólo *Homo Sapiens sapiens* lo es. ¿Por qué? No lo sabemos. Esta sería una pregunta que entra dentro de la categoría de las profundas y trascendentes y a la que, por ahora, no tenemos respuesta.

Quizás otra de esas preguntas tiene que ver con la aparición del lenguaje. Y me refiero a todo tipo de lenguaje simbólico, no sólo al hablado o escrito. Parece obvio que sin el mismo no habríamos podido poner nombre a las cosas. No podemos afirmarlo con seguridad; pero es muy probable que al mismo tiempo que *Homo Sapiens* levanta su cabeza hacia el cielo y mira a su alrededor y empieza a poner nombre a diestro y siniestro, inventa el lenguaje. ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Para qué? Tampoco lo sabemos muy bien. Como digo este es otro de los grandes misterios, de las grandes preguntas sin respuesta. Pero todas las noticias que nos llegan de la Prehistoria así parecen indicarlo. Creo que según los especialistas, la Prehistoria es el período de tiempo que comprende entre la aparición de *Homo Sapiens* –sobre unos doscientos mil años atrás- y las primeras referencias escritas, momento en el cual empieza propiamente la Historia, más o menos hace entre cinco mil y ocho mil años.

La aparición del lenguaje es la primera auténtica revolución de la Historia de la humanidad. Y probablemente la más importante. Es la primera gran tecnología. Ni la

invención del fuego, ni de la rueda, ni de la imprenta, ni de la televisión o internet ha tenido la trascendencia para nuestro devenir en esta tierra que ha tenido el lenguaje.

Hay otros animales que tienen lenguaje, sí. Alguno de ellos muy estructurado, como los perros o las abejas. Pero hay una gran diferencia con el nuestro: los suyos no son simbólicos; es decir, no tienen la capacidad de explicar alguna realidad en términos deductivos, sin tener esa realidad delante. Eso no quiere decir, en ningún caso, que el nuestro sea ni mejor ni peor que el suyo.

Eso deductivo se llama más o menos metáfora y afirmo que el lenguaje es siempre metafórico. Por ejemplo, las palabras siempre hacen referencia a otras palabras (ver, como muestra, las definiciones del diccionario), sin parecer llegar nunca a una realidad última.

Hay otros lenguajes simbólicos quizá menos estructurados, como la música, la pintura o la danza en los que la metáfora parece pesar todavía más; aunque también elaboran y disponen de sus propios códigos. Muchas veces llegan a crear sus propias realidades sin que parezca que su función sea meramente representativa. Parece que sean auto referenciados. Es decir que creándose a sí mismos se dotan, al mismo tiempo, de significado. ¿No será también el lenguaje hablado o el escrito auto referenciado?

Claro que todas estas reflexiones todavía no se las hacen nuestros ancestros hace cuarenta mil años, cuando aparece el lenguaje como tal según todos los indicios. ¡Bastante ocupados están en poner nombre a todo, a toda la extraña y caótica realidad que les envuelve, además de comer, beber, dormir y reproducirse, claro! Vuelvo a ese por qué, cómo y para qué que estoy planteando. ¿No es mucho más cómodo vivir sólo haciendo esas cuatro cosas -comer, beber, dormir y reproducirse- que andar tremendamente atareados poniendo orden en el caos de la realidad a través de las palabras? ¿Por qué ese empeño de nuestros ancestros y también nuestro?

A lo largo de este libro argumento en diversas ocasiones que la realidad no existe previamente a que la nombremos. Reconozco que esta afirmación es muy extrema y genera más de uno y más de dos desacuerdos y discusiones. Permítaseme bajar un grado mi nivel de extremismo y dar por supuesto que la realidad –la naturaleza, por ejemplo- sí que existe *per se*. Insisto en que esto se me hace difícil de creer; pero lo doy por bueno de momento matizando simplemente que esa existencia es caótica e inconsciente y que ponemos orden en la misma poniéndole nombres.

La ciencia y la religión tratan de dar respuestas y de poner sus órdenes. Desde luego no estoy, ni mucho menos, en disposición de dudar de la veracidad de esas respuestas, especialmente si son asunto de fe, de creencia; una de las capacidades más potentes del ser humano.

Permítaseme hacer un breve recorrido por algunas historias de la mente humana. Breve, anecdótico y poco ambicioso. Pero que espero nos ayude un poco a situarnos para entender más o menos cómo es nuestra mentalidad, nuestra psique al fin. Paso así del universo universal al universo mental.

Antes de continuar quiero advertir que este recorrido es tremendamente etnocéntrico. O sea, está hecho por un ciudadano criado en la céntrica Europa y que conoce muy poco de otras culturas; tampoco de la propia. Pido perdón por ello. Y asumo que esta centralidad cultural no es ni mejor ni peor que otras.

Empecemos con una reflexión sobre la propia posibilidad de conocernos históricamente...

La Historia no es gratis.

Las historias tampoco

La ciencia social conocida como Historia suele representar eso, la Historia de la humanidad, de una manera bastante lineal. Empieza hace unos dos millones quinientos mil años, a principios del período llamado Paleolítico y llega hasta ahora. Evidente. Digo que es evidente que llega hasta ahora. Por ahora...

En esos lejanos días los ancestros humanos son cazadores y recolectores. Después descubren el fuego, la agricultura y la ganadería. Empieza el Neolítico y aprenden a trabajar los materiales. Más tarde inventan la escritura. Inventan la imprenta, descubren nuevos planetas, y así en un proceso acumulativo aparentemente lineal.

El punto de vista que presento en este libro es bastante diferente a esta visión lineal y canónica de la Historia, aunque la utilizo como base básica.

Creo que *Homo Sapiens sapiens* no descubre ni aprende ni vuelve a descubrir la agricultura, la ganadería, los materiales, la escritura, los planetas, la imprenta, ni nada de nada. Los inventa. Los construye. Ni la agricultura ni la ganadería, ni... estaban ahí para ser descubiertas ni aprendidas por ese proceso de dos patas y dos manos que somos. Dos patas, dos manos y las palabras con las que construimos todo lo que hay a nuestro alrededor. Al menos ponemos un poco de orden en el caos que parece haber en nuestras proximidades.

Reflexionar acerca de si existe la Historia no es gratuito. Parece que siempre flota en el ambiente una especie de duda sobre la realidad de esa ciencia social. El filósofo francés Michael Foucault nos alerta en el año 1969 de que eso que creemos que es la Historia es no más que un traer al presente efímero la liviana positividad de lo instantáneo. Si

eludimos los conceptos incluidos en el factor tiempo –pasado, presente, futuro-, la descripción histórica ya no sería posible.

Y el antropólogo inglés Sir Edward Evans-Pritchard viene a afirmar que "La Historia no es una sucesión de hechos, es la interacción entre ellos" (cit. en Marwick, 1970).

Si la descripción histórica fuera imposible, si la Historia no fuera la sucesión de hechos sino su interacción, entonces, ¿sería posible justificar la existencia de la Historia y sus supuestos métodos científicos? Es decir, además de nuestra duda acerca de si existe la Historia, ¿cómo construimos su saber? ¿Cómo interpretamos metodológicamente ese saber?

Sobre la base de estas dudas en estas reflexiones pretendo poner en solfa también el llamado eurocentrismo en un sentido diacrónico, así como las aparentes contradicciones entre los discursos míticos y los lógicos. Aunque, como ya he reconocido, sólo puedo escribir desde ese propio centrismo. Lo reconozco otra vez.

Defiendo que la Historia con mayúscula no existe; existen historias con minúscula. No es posible construir una narración creíble del llamado *tiempo largo*², aunque sea este el discurso dominante en la amplitud de las ciencias sociales, considerando la Historia como una más. Es el *episodio* lo que da pistas sobre el devenir del tiempo. Es la aparente simpleza de la vida cotidiana la que da consistencia a eso que llamamos Historia. Y ninguna de las dos es gratis. Tanto los significados de la Gran Historia como los de las pequeñas historias tienen un coste; un coste quizá no siempre económico, pero sí de intención. Ninguna narración es inocente.

La cuestión, siguiendo al historiador francés Georges Duby (1988), probablemente tiene más que ver con la *veracidad* que con la *realidad*. No es posible, no es de recibo mantener cualquier discurso sobre la Historia, tampoco sobre las historias, tampoco

² Concepto acuñado por el historiógrafo francés Fernand Braudel en 1968.

histórico. En algún sentido –seguramente y sobre todo en el metodológico más que en ningún otro- es preciso construir las narraciones sobre bases sólidas, es decir, descubiertas –puestas al descubierto- y discutidas en el seno de *lo* académico y canónico. No hay verdades absolutas. Pero menos mentiras relativas. Y la Historia y las historias se nos muestran como unas disciplinas enormemente relativas, dotadas de un relativismo extremo; relativismo -y extremismo- que destaca en toda su crueldad el ex catedrático de psicología social de la Universitat Autònoma de Barcelona, Tomás Ibáñez, en sus últimas obras, apelando al mismo como una especie de *fruta prohibida* (2005).

La Historia está en los libros y en las academias; está en los museos. Está en laboratorios artificiales donde todo *parecido con la realidad* es bastante casual. La Verdad -con mayúsculas- es la que se ha manipulado en largos procesos de interpretación hasta llegar a los laboratorios literarios, académicos y museísticos. Entonces no es realidad; es un poco menos mentira que la Mentira, adquiriendo un carácter de *posibilidad*. Y eso ya es mucho.

Si las ciencias positivistas, las llamadas naturales o duras, son siempre relativas porque dependen de la medición y la eficacia de esta es un mito como mostraré más adelante, ¿qué decir de una ciencia en que la medición, la mensurabilidad es imposible? La Historia –también las historias- depende de la narración, del discurso, del diálogo entre la contaminación (Braudel, 1968) científica que los diversos especialistas aportan; su interpretación.

No hay realidad posible. Es pensable –o sea, narrable- una veracidad viable y socialmente construida; un acuerdo discursivo que hoy puede ser así y mañana *asá*. El trabajo del historiador es interpretar, como el de todo científico. Interpretar aquí y ahora. No puede viajar *allí y entonces*. Su trabajo –su método- se limita (y ya es) a hacer suyos los símbolos que han llegado del pasado, las narraciones esquemáticas que se han

mantenido, pisoteadas por el tiempo eludido, machacados por la destrucción natural de las cosas. Pisotones y machaques que nos dicen algo, que constituyen una especie de *utillaje mental* (Braudel, 1968), de *imaginario colectivo* –en términos psicolingüísticos; no psicoanalíticos- que nos alejan del caos de lo incierto, de lo que no puede ser explicado. Imaginario colectivo que nos permite intuir cómo fuimos; también cómo somos.

En el año dos mil doce tuve ocasión de visitar junto a Sara Olivé las famosas Cuevas de Altamira. Su reproducción; pero para el caso es absolutamente lo mismo. Las originales tienen una datación de entre treinta y cinco mil y trece mil años atrás.

Salimos realmente impresionados, cargados de dudas. ¿Qué significaba todo aquello? Dialogamos sobre la posibilidad de un significado como espiritual, incluso ritual. Es posible que aquellas personas pintaran aquellas cosas para invocar a los espíritus y que les otorgaran la oportunidad de tener una buena caza. O también que les agradecieran por haberla tenido ya. O, incluso, que dieran las gracias y homenajearan a los propios animales representados en las pinturas por dar su vida para que ellos –los humanos- pudieran seguir viviendo. O, quizá, solo fuera – ¡que ya es!- como una especie de instinto estético, artístico... ¿por qué no? La cosa es que no lo sabemos ni nunca lo sabremos. Aquellas personas no dejaron ninguna explicación fehaciente –escrita por supuesto que no; aún no existía el lenguaje escrito, ni siquiera el iconográfico de los posteriores egipcios o mesopotámicos- de qué significado tenía todo aquello. Nos queda la muestra de que estuvieron allí. Y podemos evocar lo que queramos... Eso sí, por favor, lo que queramos; pero que tenga algún sentido.

En cualquier caso –y volviendo al párrafo anterior al de las Cuevas de Altamira- parecemos ser diversos, es decir culturalmente diferentes.

El padre del estructuralismo antropológico, Claude Lévi-Strauss (1952) se pregunta qué es ser *culturalmente diferentes*. La respuesta es más que compleja y no única; pero

nos advierte de que la(s) diferencia(s) forma(n) parte del propio *ser* de las culturas. Las culturas difieren en varios planos y formas. También en sus fórmulas. Y, sobre todo, en sus clasificaciones. Si las formas de ordenar el mundo, en definitiva, de construirlo, son distintas no sólo las culturas son diferentes; también es imposible su comparación. Así, cualquier supuesto relacionado con una especie de *superioridad* de la occidentalidad es una falacia.

La superioridad blanca es otro mito. Aplicar metodologías eurocentristas para analizar culturas diferentes a la europea es un grave ataque a cualquier posibilidad de reflexión seria en torno al *saber* humano. La moderna –y postmoderna- antropología bebe en las fuentes de una obra central del americano Clifford Geertz, “*La interpretación de las culturas*” (1973), en la que se basan las ideas en torno a la imposibilidad de cruce entre diferentes clasificaciones culturales. Más tarde, el propio Geertz (1988) reconoce que la misión del antropólogo es –mediante la escritura, la fotografía o el *film*- mostrar que *estuvo allí*, que fue capaz de apropiarse y ser apropiado por aquella cultura, aquella forma de vida. De acuerdo. Pero, ¿cómo mostrar –dar fe- de que hemos estado en el *pasado*? Es simplemente imposible.

Si el análisis sincrónico de la realidad humana se nos muestra enormemente complejo y dificultoso, el diacrónico parece, pues, obviamente imposible.

Creo que problematizar el hecho de la diferencia, de la alteridad, es sencillamente un juego intelectual vacío. Jugando a él estamos dando una cierta credibilidad –una posibilidad de ser- al eurocentrismo, al occidentalismo, si incluimos en ese paradigma a los países y culturas del llamado mundo central –en ambos sentidos, el sincrónico y el diacrónico-. No es posible profundizar en el análisis de lo *Otro*, sencillamente porque –como asevera el filósofo francés Jean Baudrillard- lo *Otro* es de producción propia. No

existe *porque sí*, sino porque nosotros lo hemos creado. “Con la modernidad entramos en la era de la producción de lo Otro” (Baudrillard, 1997, p. 65).

Nosotros creamos sus mitos y creencias. Y ellos –lo *Otro*- crean las nuestras. Somos fruto de lo que decimos que fuimos. Pero, a su vez, ellos –nuestros antepasados prehistóricos (también los históricos, evidente)- nos crean. No sabemos muy bien cómo. Seguramente nadie lo sabe, aunque es posible intuirlo en base a los *pisotones* y *machaques* contenidos en los libros, las academias y los museos.

Lo cultural es lo comunicacional. Ellos (*los Otros*) dejaron y dejan sus huellas para que nos enteremos de lo que está pasando. También de lo que pasó, aceptando que algo pasa cuando el tiempo es etéreo, cuando su medida es casi imposible, impensable.

Nuestra *especie* de cultura (la occidental, la eurocéntrica, la globalizadora y globalizante) parece presentar una forma comunicacional más, digamos, *lógica*, que otras. Las otras son *míticas*. Pero no. Todas lo son. Todas son míticas. También la nuestra. Todas se basan en estereotipos. Y los estereotipos son verdades consensuadas no absolutas; verdades útiles para los usos y las relaciones cotidianas de esta especie de cosas sociotécnicas que somos los humanos. No existe una frontera clara entre lo lógico y lo mítico.

El filósofo rumano y estudioso de las religiones Mircea Eliade nos advierte en 1963 que “El mito es una realidad cultural extremadamente compleja, que puede abordarse e interpretarse en perspectivas múltiples y complementarias” (p. 18).

El mito y la realidad son casi lo mismo; son formas de hablar, o sea, de construir la realidad, sea presente o pasada. Imaginarios colectivos consensuados sociohistóricamente.